



**HISTORIA DE UN ALMA
ENAMORADA DE SU ESPOSO JESUS Y LA IGLESIA**

Manuscrito «B»

SANTA TERESA DEL NIÑO DE JESUS Y LA SANTA FAZ

TERESITA DE LISIEUX

Autor: Pedro Sergio Donoso Brant

www.caminando-con-jesus.org

PRESENTACION

Este relato es una guía para la lectura y estudio del Manuscrito “B” y fue preparado para explicitar y leer en grupo junto a hermanas del Carmelo. Esta redactado de forma narrativa, especialmente hecho para persona mayores con dificultad de leer y seguir una lectura ordenada del Manuscrito.

Nota: Este relato se puede imprimir y utilizar para fines espirituales, en ningún caso para lucrar u obtener algún beneficio económico.

Pedro Sergio Donoso Brant

www.caminando-con-jesus.org

Contenido

PRESENTACION	2
CARTAA SOR MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN	4
CAPÍTULO IX, MI VOCACION: EL AMOR (1896) [1rº] J.M.J.T.	4
Querida hermana (Maria, su madrinita)	4
Los secretos de Jesús	4
“Jesús no tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor”.....	5
Mi pequeña alma.....	6
La Venerable Ana de Jesús en sus sueños	6
Todas las vocaciones: carmelita, esposa y madre.	8
Vocación de apóstol.....	8
Abajándose hasta las profundidades	9
“¡Jesús, amor mío!”	10
Hija de la luz.....	11
Arrojar flores.....	12
¡Jesús mío, te amo! Amo a la Iglesia	13
El pajarillo	14
El águila divina.....	15
Fin del Manuscrito B, reflexiones finales.....	16

CARTA A SOR MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

CAPÍTULO IX, MI VOCACION: EL AMOR (1896) [1rº] J.M.J.T.

+ Jesús

Querida hermana (María, su madrinita)

Teresita está como presintiendo su fin, el que ocurrirá en septiembre de 1897 y le escribe a su hermana María: “Querida hermana, me pides que te deje un recuerdo de mis ejercicios espirituales, ejercicios que quizás sean los últimos...Puesto que nuestra Madre lo permite, me alegro mucho de ponerme a conversar contigo que eres dos veces mi hermana; contigo, que me prestaste tu voz cuando yo no podía hablar, prometiendo en mi nombre que no quería servir más que a Jesús... Querida madrinita, aquella niña que tú ofreciste a Jesús es la que te habla esta noche (Sin duda, el 13 de septiembre. El tono de Teresa es rico en circunloquios y como investido de una especie de misterio) la que te ama como sólo una hija sabe amar a su madre (María fue su madrina y su tercera madre tras la entrada de Paulina en el Carmelo)... Sólo en el cielo conocerás toda la gratitud de que rebosa mi corazón...”

Los secretos de Jesús

Teresita sigue escribiendo: “Hermana querida, tú querrías escuchar los secretos que Jesús confía a tu hijita. Yo sé que esos secretos te los confía también a ti, pues fuiste tú quien me enseñó a acoger las enseñanzas divinas”.

Teresita siente que a la palabra humana le resulta imposible expresar ciertas cosas que el corazón normal apenas si puede vislumbrar...y sigue: “No creas que estoy nadando entre consuelos” (Teresa pone las cosas en su punto, aunque sin revelar a su hermana María que desde Pascua ha entrado en la noche de la fe) “No, mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Sin mostrarse, sin hacerme oír su voz, Jesús me instruye en secreto; no lo hace sirviéndose de libros, pues no entiendo lo que leo”. Pero a veces viene a consolarle una frase como la que ha encontrado al final de la oración (después de haber aguantado en el silencio y en la sequedad): “Este es el

maestro que te doy, él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde está contenida la ciencia del amor”.

¡La ciencia del amor! ¡Sí, estas palabras resuenan dulcemente en los oídos de su alma! No desea otra ciencia. Dice Teresita que después de haber dado por ella todas sus riquezas, le parece, como a la esposa del Cantar de los Cantares, que no ha dado nada todavía... y reflexiona: “Comprendo tan bien que, fuera del amor, no hay nada que pueda hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono”.

Continúa escribiendo Teresita: “Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina . Ese camino es el abandono del niño (Uno de los temas fundamentales en Teresa. Es precisamente la «doctrinita» que María le pidió a su hermana que le enseñara) y recuerda algunos versículos bíblicos: «El que sea pequeñito, que venga a mí», «a los pequeños se les compadece y perdona», «el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los corderitos y los estrechará contra su pecho», «Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en brazos y sobre las rodillas os acariciaré».

“Jesús no tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor”.

Y sigue Teresita: “Sí, madrina querida...Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud...He aquí, pues, todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor”. Como la sed de amor en la samaritana, donde Jesús no vacila en mendigarle un poco de agua, Él tenía sed y le pide «Dame de beber». Y dice Teresita: “Sí, me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está sediento” “Hermana querida, ¡dichosas nosotras que comprendemos los íntimos secretos de nuestro Esposo!” Aun cuando el detonante haya sido, ciertamente, la petición de María, lo que Teresa ha escrito es evidentemente una «carta de amor» a Jesús.

Apunta Teresita con su pluma: “Hermana querida, me pedías que te escribiera mi sueño y «mi doctrinita», como tú la llamas...Te aseguro que en mi pobre alma no

hay exageración alguna: en ella todo es sereno y reposado...Al escribir, me dirijo a Jesús; así me resulta más fácil expresar mis pensamientos...”

Mi pequeña alma

El 8 de septiembre de 1896, Teresita le escribe a su querida sor María del Sagrado Corazón:

¡Jesús, Amado mío!, ¿quién podrá decir con qué ternura y con qué suavidad diriges tú mi pequeña alma!”. Las siete veces que aparece esta expresión, Teresa la subraya. El adjetivo pequeño se utiliza treinta y ocho veces en diez páginas y añade Teresita: “¡cómo te gusta hacer brillar el rayo de tu gracia aun en medio de la más oscura tormenta!” Es la prueba de la fe, evocada de forma explícita, aunque velada.

“Jesús...pensando en los sueños misteriosos que a veces concedes a ciertas almas, me decía a mí misma que debía de ser un consuelo muy dulce tener uno de esos sueños...Por la noche, mi alma, observando las nubes que encapotaban su cielo, se repitió a sí misma que aquellos hermosos sueños no estaban hechos para ella, y se durmió bajo el vendaval...”

La Venerable Ana de Jesús en sus sueños

Relata Teresita que un cierto día 10 de mayo, segundo domingo del mes de María, vio en sueños a la Venerable Ana de Jesús. De pronto vio tres carmelitas vestidas con capas blancas, con los grandes velos echados y reconoció en el sueño a la más alta, era la Venerable Ana de Jesús, se trataba de Ana Lobera, consejera de santa Teresa de Jesús, y a la que san Juan de la Cruz dedicó el Cántico Espiritual. Ella fue quien introdujo en Francia la reforma teresiana (1604) por tanto es la fundadora del Carmelo en Francia.

A Teresita le pareció ver un rostro era hermoso y veía aquel rostro celestial iluminado con una luz inefablemente suave, luz que el rostro no recibía sino que él mismo producía...y durante varios meses tuvo como recuerdo ese dulce sueño sin que perdiera su encanto celestial...Tiempo que le parecía estar viendo la mirada y la sonrisa llenas de amor de la Venerable Madre incluso sentir las caricias de que le colmó ...

Así lo recuerda Teresita: “Al verme tan tiernamente amada, me atreví a pronunciar estas palabras: «Madre, te lo ruego, dime si Dios me dejará todavía mucho tiempo en la tierra... ¿Vendrá pronto a buscarme...?» Sonriendo con ternura, la santa murmuró: «Sí, pronto, pronto... Te lo prometo». «Madre, añadí, dime también si Dios no me pide tal vez algo [2vº] más que mis pobres acciones y mis deseos. ¿Está contento de mí?» El rostro de la santa asumió una expresión incomparablemente más tierna que la primera vez que me habló. Su mirada y sus caricias eran ya la más dulce de las respuestas. Sin embargo, me dijo: «Dios no te pide ninguna otra cosa. Está contento, ¡muy contento...!»

Y después de volver a acariciarme con mucho más amor con que jamás acarició a su hijo la más tierna de las madres, la vi alejarse... Mi corazón rebosaba de alegría, pero me acordé de mis hermanas y quise pedir algunas gracias para ellas. Pero ¡ay!..., me desperté...”

Y luego exclama: “¡Jesús!, ya no rugía la tormenta, el cielo estaba en calma y sereno... Yo creía, sabía que hay un cielo, y que ese cielo está poblado de almas que me quieren y que me miran como a hija suya...Esta impresión ha quedado grabada en mi corazón. Lo cual es tanto más curioso, cuanto que la Venerable Ana de Jesús me había sido hasta entonces del todo indiferente, nunca la había invocado, y su pensamiento sólo me venía a la mente cuando oía hablar de ella, lo que ocurría raras veces”.

Es así como comprendió hasta qué punto le quería ella y qué lejos estaba ella de serle indiferente, su corazón se deshizo en amor y gratitud, y no sólo hacia la santa que le había visitado, sino hacia todos los bienaventurados moradores del cielo... Y añade Teresita: “¡Amado mío!, esta gracia no era más que el prelude de otras gracias mayores con que tú querías colmarme. Déjame, mi único amor (En el dintel de su celda Teresa grabó (¿quizás en esta época?) esta frase: Jesús es mi único amor), que te las recuerde hoy..., hoy, sí, sexto aniversario de nuestra unión... Y perdóname, Jesús mío, si digo desatinos al querer expresarte mis deseos, mis esperanzas que rayan el infinito, ¡¡¡perdóname y cura mi alma dándole lo que espera...!!!”

Todas las vocaciones: carmelita, esposa y madre.

Ser esposa, Jesús, ser carmelita, ser por su unión con él madre de almas, debería bastarle... Pero no es así... Ciertamente, estos tres privilegios son la esencia de su vocación: carmelita, esposa y madre.

Sin embargo, sentía en su interior otras vocaciones : sentía la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. En una palabra, sentía la necesidad, el deseo de realizar por Jesús, las más heroicas hazañas... Sentía en su alma el valor de un cruzado, de un zuavo (Soldado argelino) pontificio. Quería morir por la defensa de la Iglesia en un campo de batalla...

Comenta Teresita: "Siento en mí la vocación de sacerdote . ¡Con qué amor, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo...! ¡Con qué amor te entregaría a las almas...! Pero ¡ay!, aun deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís y siento en mí la vocación de imitarle renunciado a la sublime dignidad del sacerdocio. ¡Oh, Jesús, amor mío, mi vida...!, ¿cómo hermanar estos contrastes? [3^o] ¿Cómo convertir en realidad los deseos de mi pobrecita alma?. Sí, a pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores.

Vocación de apóstol

Tenía Teresita vocación de apóstol... Quería recorrer la tierra, predicar en el nombre de Jesús y plantar su cruz gloriosa en suelo infiel y le decía a su amado que una sola misión no sería suficiente para ella. Quería anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas... Quería ser misionero no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguirlo siendo hasta la consumación de los siglos...

Pero, sobre todo y por encima de todo, por su amado Salvador, quería derramar por él hasta la última gota de su sangre...

Exclamaba Teresita: "¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no puedo limitarme a desear una sola clase de

martirio... Para quedar satisfecha, tendría que sufrirlos todos..."..."Como tú, adorado Esposo mío, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir desollada, como san Bartolomé... Quisiera ser sumergida, como san Juan, en aceite hirviendo... Quisiera sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires... Con santa Inés y santa Cecilia, quisiera presentar mi cuello a la espada, y como Juana de Arco, mi hermana querida, quisiera susurrar tu nombre en la hoguera, Jesús..."

Al pensar en los tormentos que sufrían los cristianos en tiempos del anticristo, sentía que su corazón se estremecía de alegría y quería que esos tormentos estuviesen reservados para ella...y decía: "Jesús, Jesús, si quisiera poner por escrito todos mis deseos, necesitaría que me prestaras tu libro de la vida, donde están consignadas las hazañas de todos los santos, y todas esas hazañas quisiera realizarlas yo por ti...Jesús mío, ¿y tú qué responderás a todas mis locuras...? ¿Existe acaso un alma pequeña y más impotente que la mía...? Sin embargo, Señor, precisamente a causa de mi debilidad, tú has querido colmar mis pequeños deseos infantiles, y hoy quieres colmar otros deseos míos más grandes que el universo..."

Como estos sus deseos le hacían sufrir durante la oración un verdadero martirio, abrió las cartas de san Pablo con el fin de buscar una respuesta. Y sus ojos se encontraron con los capítulos 12 y 13 de la primera carta a los Corintios...leyó en el primero que no todos pueden ser apóstoles, o profetas, o doctores, etc...; que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano. ... La respuesta estaba clara, pero no colmaba sus deseos ni le daba la paz...

Abajándose hasta las profundidades

Al igual que Magdalena, inclinándose sin cesar sobre la tumba vacía, acabó por encontrar [3vº] lo que buscaba, así también Teresita, abajándose hasta las profundidades de su nada, subió tan alto que logró alcanzar su intento...

Siguió leyendo, sin desanimarse, y esta frase le reconfortó: «Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino inigualable». Y el apóstol va explicando cómo los mejores carismas nada son sin el amor... Y que la caridad es ese camino inigualable que conduce a Dios con total seguridad.

Podía, por fin, descansar... Al mirar el cuerpo místico de la Iglesia, no se había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, quería reconocerse en todos ellos...

La caridad le dio la clave de su vocación. Comprendió que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendió que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor.

Comprendió que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre...

Comprendió que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...!

“¡Jesús, amor mío!”

Entonces, al borde de su alegría delirante, exclamó: “¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...!...sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado (Todo reflejaban los deseos de Teresa. Ahora es Dios quien le da ese puesto. “La Iglesia, mi Madre”, (el Ms B es el gran escrito de Teresa sobre la Iglesia, se la cita quince veces)... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡¡¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!”

¿Por qué hablar de alegría delirante? No, no es ésta la expresión justa. Es, más bien, la paz tranquila y serena del navegante al divisar el faro que ha de conducirlo al puerto...Decía Teresita: “¡Oh, faro luminoso del amor, yo sé cómo llegar hasta ti! He encontrado el secreto para apropiarme tu llama”.

Reconocía Teresita: “No soy más que una niña, impotente y débil. Sin embargo, es precisamente mi debilidad lo que me da la audacia para ofrecirme como víctima a tu amor, ¡oh Jesús! Antiguamente, sólo las hostias puras y sin mancha eran aceptadas por el Dios fuerte y poderoso. Para satisfacer a la justicia divina, se

necesitaban víctimas perfectas. Pero a la ley del temor le ha sucedido la ley del amor, y el amor me ha escogido a mí, débil e imperfecta criatura, como holocausto... ¿No es ésta una elección digna del amor...? Sí, para que el amor quede plenamente satisfecho, es preciso que se abaje hasta la nada y que transforme en fuego esa nada...”

Y añade Teresita: [4rº] “Lo sé, Jesús, el amor sólo con amor se paga(12 Cántico Espiritual, canc. 9, 7. En consonancia con esa divisa de su escudo de armas, Teresa busca y halla la forma de devolver amor por amor. Cf también SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico Espiritual, canc. 38, 3) Por eso he buscado y hallado la forma de aliviar mi corazón devolviéndote amor por amor”.

Hija de la luz

Reflexiona Teresita unos versos del Evangelio: «Ganaos amigos con el dinero injusto, para que os reciban en las moradas eternas». Este es, Señor, el consejo que diste a tus discípulos después de decirles que «los hijos de las tinieblas son más astutos en sus negocios que los hijos de la luz». Y yo, como hija de la luz, comprendí que mis deseos de serlo todo, de abarcar todas las vocaciones, eran riquezas que podían muy bien hacerme injusta; por eso me he servido de ellas para ganarme amigos...”

Acordándose de la oración de Eliseo a su Padre Elías, cuando se atrevió a pedirle su doble espíritu, se presentó ante los ángeles y los santos y les dijo: “Yo soy la más pequeña de las criaturas. Conozco mi miseria y mi debilidad. Pero sé también cuánto les gusta a los corazones nobles y generosos hacer el bien. Os suplico, pues, bienaventurados moradores del cielo, os suplico que me adoptéis por hija. Sólo vuestra será la gloria que me hagáis adquirir, pero dignaos escuchar mi súplica. Ya sé que es temeraria, sin embargo me atrevo a pedirlos que me alcancéis: vuestro doble amor”.

Y así luego dice: “Jesús, no puedo ir más allá en mi petición, temería verme aplastada bajo el peso de mis audaces deseos...”

Pensaba Teresita que la excusa que tenía es que era niña, y los niños no piensan en el alcance de sus palabras. Sin embargo sus padres, cuando ocupan un trono y

poseen inmensos tesoros, no dudan en satisfacer los deseos de esos pequeñajos a los que aman tanto como a sí mismos; por complacerles, hacen locuras y hasta se vuelven débiles...

Y añade finalmente: “Pues bien, yo soy la HIJA de la Iglesia, y la Iglesia es Reina, pues es tu Esposa, oh, divino Rey de reyes...”

No son riquezas ni gloria (ni siquiera la gloria del cielo) lo que pide el corazón del niño... El entiende muy bien que la gloria pertenece a sus hermanos, los ángeles y los santos... La suya será un reflejo de la que irradia de la frente de su madre.

Lo que él pide es el amor... No sabe más que una cosa como dice Teresita; “amarte, Jesús...” Las obras deslumbrantes le están vedadas: no puede predicar el Evangelio, ni derramar su sangre... Pero ¿qué importa?, sus hermanos trabajan en su lugar, y él, como un niño pequeño, se queda muy cerquita del trono del Rey y de la Reina y ama por sus hermanos que luchan...

Arrojar flores

¿Pero cómo podrá demostrar él su amor, si es que el amor se demuestra con obras? Pues bien, el niño arrojará flores, aromará con sus perfumes el trono real, cantará con su voz cristalina el cántico del amor...

Dice Teresita: “Sí, Amado mío, así es como se consumirá mi vida... No tengo otra forma de demostrarte mi amor que arrojando flores, es decir, no dejando escapar ningún pequeño sacrificio, ni una sola mirada, [4vº] ni una sola palabra, aprovechando hasta las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor...”

“Quiero sufrir por amor, y hasta gozar por amor. Así arrojaré flores delante de tu trono. No encontraré ni una sola en mi camino que no deshoje para ti. Y además, al arrojar mis flores, cantaré (¿puede alguien llorar mientras realiza una acción tan alegre?), cantaré aun cuando tenga que coger las flores entre las espinas, y tanto más melodioso será mi canto, cuanto más largas y punzantes sean las espinas”.

“¿Y de qué te servirán, Jesús, mis flores y mis cantos...? Sí, lo sé muy bien: esa lluvia perfumada, esos pétalos frágiles y sin valor alguno, esos cánticos de amor del más pequeño de los corazones te fascinarán”.

Sí, esas naderías le gustarán (a Jesús) y harán sonreír a la Iglesia triunfante, que recogerá sus flores deshojadas por amor y las pasará por sus divinas manos, (de Jesús). Y luego esa Iglesia del cielo, queriendo jugar con su hijito, arrojará también ella esas flores -que habrán adquirido a su toque divino un valor infinito- arrojará esas flores sobre la Iglesia sufriente para apagar sus llamas, y las arrojará también sobre la Iglesia militante para hacerla alcanzar la victoria (Descripción sumamente florida de la comunión de los santos)

¡Jesús mío, te amo! Amo a la Iglesia

Sigue Teresita; “¡Jesús mío, te amo! Amo a la Iglesia, mi Madre. Recuerdo que «el más pequeño movimiento de puro amor es más útil a la Iglesia que todas las demás obras juntas» (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico Espiritual, canc 29, 2)”

“¿Pero hay de verdad puro amor en mi corazón...? Mis inmensos deseos ¿no serán un sueño, una locura...? ¡Ay!, si así fuera, dame luz tú, Jesús. Tú sabes que busco la verdad (Una constante en Teresa; cf CA 21.7.4; UC p. 410s. Ella desconfía de las ilusiones (Ms A 78r^o), pero a la vez es consciente de las luces que ha recibido (Ms A 32^o). Y establece un vínculo muy estrecho entre verdad y humildad, hasta en su propio lecho de muerte: Sí, me parece que nunca he buscado más que la verdad. Sí, he comprendido la humildad del corazón CA 30.9.1897)... Si mis deseos son temerarios, hazlos tú desaparecer, pues estos deseos son para mí el mayor de los martirios...”

“Sin embargo, Jesús, siento en mi interior que, si después de haber ansiado con toda el alma llegar a las más elevadas regiones del amor, no llegase un día a alcanzarlas, habré saboreado una mayor dulzura en medio de mi martirio, en medio de mi locura, que la que gozaría en el seno de los gozos de la patria; a no ser que, por un milagro, me dejes conservar allí el recuerdo de las esperanzas que he tenido en la tierra”.

“Así pues, déjame gozar durante mi destierro las delicias del amor. Déjame saborear las dulces amarguras de mi martirio...”

“Jesús, Jesús, si tan delicioso es el deseo de amarte, Y se pregunta Teresita: “¿qué será poseer al Amor, gozar del Amor...?...¿Cómo puede aspirar un alma tan imperfecta como la mía a poseer la plenitud del Amor...?”

El pajarillo

Exclama Teresita: “¡Oh, Jesús, mi primer y único amigo, el UNICO a quien yo amo!, dime qué misterio es éste. ¿Por qué no reservas estas aspiraciones tan inmensas para las almas grandes, para las águilas (La imagen del águila y el pajarillo provienen, en primer lugar, sin duda alguna, de la Vida de Teresa de Ávila (cap. 20, nn. 3.28.29; ver también, para el «ligero plumón», Vida, cap. 13,2; 19,14; 20.22) que se ciernen en las alturas...? Yo me considero un débil pajarito cubierto únicamente por un ligero plumón. Yo no soy un águila, sólo tengo de águila los ojos y el corazón, pues, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al Sol divino, al Sol del Amor, y mi corazón siente en sí todas las [5rº] aspiraciones del águila...”

Reflexiona luego como el pajarillo quisiera volar hacia ese Sol brillante que encandila sus ojos; quisiera imitar a sus hermanas las águilas, a las que ve elevarse hacia el foco divino de la Santísima Trinidad... Pero ¡ay,! lo más que puede hacer es alzar sus alitas, ¡pero eso de volar no está en su modesto poder!

Entonces; ¿Qué será de él? ¿Morirá de pena al verse tan impotente...? No, no, el pajarillo ni siquiera se desconsolará. Con audaz abandono, quiere seguir con la mirada fija en su divino Sol... ni siquiera las oscuras nubes llegaran a ocultarle el Astro del amor...sabe que más allá de las nubes su Sol sigue brillando...a pesar de todo, mirando fijamente a la luz invisible que se oculta a su fe...!

Medita luego Teresita como Jesús tiene su amor por el pajarito, como su espíritu débil se entretiene con la flor... En una palabra, el pobre pajarito, al no poder cernerse como las águilas, se sigue entreteniendo con las insignificancias de la tierra.

Sin embargo, después de todas sus travesuras, el pajarillo, en vez de ir a esconderse en un rincón para llorar su miseria y morir de arrepentimiento, se vuelve hacia su amado Sol...Y si el Astro adorado sigue sordo a los gorjeos lastimeros de su criaturita, si sigue oculto..., pues bien, entonces la criaturita seguirá

allí mojada... amoratada de frío...Y reflexiona Teresita: “¡Qué feliz, Jesús, es tu pajarito de ser débil y pequeño! Pues ¿qué sería de él si fuera grande...? Jamás tendría la audacia de comparecer en tu presencia, de dormitar delante de ti...”

Sí, ésta es también otra debilidad del pajarito cuando quiere mirar fijamente al Sol divino y las nubes no le dejan ver ni un solo rayo: a pesar suyo, sus ojitos se cierran, su cabecita se esconde bajo el ala, y el pobrecito se duerme creyendo seguir mirando fijamente a su Astro querido.

Pero al despertar, no se desconsuela, su corazoncito sigue en paz. Y vuelve a comenzar su oficio de amor (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico Espiritual, canc. 28 y el comentario a la misma). Invoca a los ángeles y a los santos, que se elevan como águilas y las águilas, compadeciéndose de su hermanito, le protegen y defienden y ponen en fuga a los buitres que quisieran devorarlo. Aunque el pajarito no teme a los buitres, imágenes de los demonios, pues no está destinado a ser su presa, sino la del Aguila que él contempla en el centro del Sol del amor.

El águila divina

Exclama Teresita: “¡Oh, Verbo divino!, tú eres el Aguila adorada que yo amo, la que atrae . Eres tú quien, remontándote hacia la Luz inaccesible que será ya para siempre tu morada, sigues viviendo en este valle de lágrimas, escondido bajo las apariencias de una blanca hostia...Aguila eterna, tú quieres alimentarme con tu sustancia divina, a mí, pobre e insignificante ser que volvería a la nada si tu mirada divina no me diese la vida a cada instante”.

Y luego sigue hablándole a Jesús: “Jesús, déjame que te diga, en el exceso de mi gratitud, déjame, sí, que te diga que tu amor llega hasta la locura...¿Cómo quieres que, ante esa locura, mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo va a conocer límites mi confianza...? Sí, ya sé que también los santos hicieron locuras por ti, que hicieron obras grandes porque ellos eran águilas...Jesús, yo soy demasiado pequeña para hacer obras grandes..., y mi locura consiste en esperar que tu amor me acepte como víctima... Mi locura consiste en suplicar a las águilas mis hermanas que me obtengan la gracia de volar hacia el Sol del amor con las propias alas del Aguila divina...”

Y ms adelante sigue: “Durante todo el tiempo que tú quieras, Amado mío, tu pajarito seguirá sin fuerzas y sin alas, seguirá con los ojos fijos en ti. Quiere ser fascinado por tu mirada divina, quiere ser presa de tu amor...

Un día, así lo espero, Aguila adorada, vendrás a buscar a tu pajarillo; y, remontándote con él hasta el Foco del amor, lo sumergirás por toda la eternidad en el ardiente Abismo de ese amor al que él se ofreció como víctima”.

Fin del Manuscrito B, reflexiones finales

¡Que no pueda yo, Jesús, revelar a todas las almas pequeñas cuán inefable es tu condescendencia...!

Estoy convencida de que, si por un imposible, encontrases un alma más débil y más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de gracias todavía mayores, con tal de que ella se abandonase con entera confianza a tu misericordia infinita.

¿Pero por qué estos deseos, Jesús, de comunicar los secretos de tu amor? ¿No fuiste tú, y nadie más que tú, el que me los enseñó a mí? ¿Y no puedes, entonces, revelárselos también a otros...?

Sí, lo sé muy bien, y te conjuro a que lo hagas. Te suplico que hagas descender tu mirada divina sobre un gran número de almas pequeñas... ¡Te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas dignas de tu AMOR...!

La insignificante sor Teresa del Niño Jesús de la Sta. Faz,

Pedro Sergio Donoso Brant

www.caminando-con-jesus.org

Nota: Este relato se puede imprimir y utilizar para fines espirituales, en ningún caso para lucrar u obtener algún beneficio económico.